



Margaret Oliphant

La Cámara
Secreta

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CÁMARA SECRETA

MARGARET OLIPHANT

**PUBLICADO: 1876
FUENTE: PROJECT GUTENBERG AUSTRALIA
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA CÁMARA SECRETA

CAPÍTULO I

El castillo de Gowrie es uno de los más célebres e interesantes de toda Escocia. Es una hermosa casa antigua, para empezar, perfecta en su grandiosidad feudal, con sus torres agrupadas y sus muros capaces de resistir a un ejército; sus laberintos, sus escaleras ocultas, sus largos y misteriosos pasillos —pasillos que en muchos casos parecen no llevar a ningún sitio, pero de los que nadie puede estar demasiado seguro sobre adónde conducen—. La fachada, con su magnífico portal y sus torres flanqueantes, se contempla ahora a través de un césped aterciopelado y un antiguo y hermoso camino de entrada, con dobles filas de árboles como en una catedral; y los bosques de los que emergen esas grises torres parecen tan blandos y ricos en follaje, si no tan altos de tronco, como las arboledas del sur. Pero toda esa suavidad de aspecto es nueva en el lugar —nueva dentro del siglo o dos que cuentan como bien poco en la historia de una morada alguna de cuyas partes, al menos, lleva en pie desde los días en que los ateling sajones trajeron consigo la parte de las artes que les era propia para solidificar y regular el arte celta original que erigía piedras grabadas sobre sepulcros rústicos y entrelazaba nudos místicos en sus cruces, antes de los tiempos históricos—. Incluso de esa decoración primitiva hay vestigios en Gowrie,

donde las curvas y entrelazados de los cordones rúnicos aparecen todavía en algunos fragmentos de antigua mampostería, sólidos como rocas y casi tan eternos. ¡Qué largo intervalo de años entre aquello y las elegantes torres de estilo francés que evocan tantos grises châteaux! Pero ese intervalo está lleno de crónicas lo bastante agitadas, amén de los registros oscuros, no siempre descifrables, que distintas fases de la arquitectura han dejado en la vieja casa. Los condes de Gowrie habían estado en el epicentro de cada conmoción ocurrida en la frontera de las Highlands y sus alrededores durante más generaciones de las que podría consignar pluma que no fuera celta. Rebeliones, venganzas, insurrecciones, conspiraciones: nada en que se derramara sangre y se perdieran tierras tuvo lugar en Escocia sin que ellos tuvieran parte; y los anales de la casa son muy copiosos y no carecen de muchas manchas. Habían sido una raza osada y vigorosa, con mucho de malo en ella y algo de bueno; nunca insignificante, cualquier otra cosa que pudiera ser. No podría decirse, sin embargo, que sean notables hoy en día. Desde el primer alzamiento de los Estuardo, conocido en Escocia como «el Quince», no han hecho mucho que merezca ser recordado; y con todo, la historia de su familia ha sido siempre de carácter insólito. No podría llamarse excéntricos a los Randolph en sí mismos: al contrario, cuando se les conocía eran en el fondo una raza respetable, plena de todas las virtudes del caballero rural; y sin embargo su carrera pública, tal como fue, había estado marcada por los extraños saltos y sacudidas de la vicisitud. Podría haberse dicho que era una familia impulsiva y caprichosa — ahora lanzándose a conquistar alguna ventaja quimérica, ahora arrojándose a alguna especulación descabellada, ahora haciendo una irrupción repentina en la vida pública—, para recaer pronto en la mediocridad, sin capacidad aparente, incluso cuando el impulso era puramente egoísta y mercenario, de mantenerlo. Pero esto no hubiera sido en absoluto una concepción fiel del carácter de la familia; sus virtudes efectivas no eran del orden imaginativo, y sus excentricidades eran un misterio para sus amigos. Con todo, esas excentricidades eran lo que el mundo en general advertía más en el linaje Randolph. El difunto conde había sido par representante de Escocia — carecían de título inglés— y había hecho un comienzo verdaderamente brillante, pareciendo estar a punto de alcanzar un lugar muy eminente en los asuntos escoceses durante uno o dos años; pero se descubrió que su ambición había echado mano de medios bastante equívocos para granjearse influencia, y cayó de inmediato y para siempre del firmamento político. Esto era un accidente del todo corri-

ente en la familia. Un comienzo aparentemente brillante, el descubrimiento de medios innobles empleados con fines ambiciosos, un súbito hundimiento, y la curiosa conclusión al término de todo ello de que ese intrigante, ese especulador o político sin escrúpulos, era en el fondo un hombre honrado y apagado —sin ambiciones, satisfecho de su suerte, lleno de bondad doméstica y benevolencia—. Esta peculiaridad familiar hacía de la historia de los Randolph una historia muy extraña, interrumpida por las más raras irrupciones y sin coherencia ninguna. Había, no obstante, otra circunstancia que suscitaba aún más la admiración y el interés del público. Para quien puede apreciar algo tan recóndito como el carácter de una familia, hay cientos de personas que se interesan por un secreto de familia; y de este la casa de Randolph poseía uno en toda regla. Era un misterio que aguijoneaba la imaginación y excitaba el interés de todo el país. Corría el rumor de que, oculta en algún lugar entre los gruesos muros y los tortuosos pasillos, había una cámara secreta en el castillo de Gowrie. Todo el mundo sabía de su existencia; pero salvo el conde, su heredero, y otra persona ajena a la familia aunque en un puesto de confianza a su servicio, ningún mortal sabía dónde se encontraba ese misterioso escondrijo. Se habían hecho innumerables conjeturas y se habían ideado recursos de toda clase para dar con él. Cada visitante que cruzaba el antiguo portal, más aún los viajeros de paso que divisaban las torres desde el camino, escrutaban con ahínco en busca de algún rastro de esa misteriosa cámara. Pero todas las conjeturas y pesquisas eran igualmente en vano.

Iba a decir que ninguna historia de aparecidos que haya oído jamás ha sido creída con tanta constancia y durante tanto tiempo. Pero sería un error, pues nadie sabía ni siquiera con certeza que hubiera un fantasma vinculado a ella. Una cámara secreta no tenía nada de extraordinario en una casa tan antigua. Sin duda las hay en muchas mansiones viejas de ese género, y siempre son curiosas e interesantes: extrañas reliquias, más conmovedoras que cualquier libro de historia, de la época en que un hombre no estaba seguro en su propia casa y en que podía ser necesario asegurarse un refugio fuera del alcance de espías o traidores en un instante. Semejante refugio era una necesidad de la vida para un gran noble medieval. La peculiaridad de esta cámara secreta, sin embargo, consistía en que se daba por supuesto que en ella estaba involucrado algún secreto ligado a la propia existencia de la familia. No era solo el escondrijo histórico para una emergencia, una suerte de posesión histórica que presupone la importancia del linaje, de la que un

hombre puede estar legítimamente orgulloso; sino que había en ella algo oculto de lo que el linaje no podía estar orgulloso en modo alguno. Es asombroso con cuánta facilidad aprende una familia a enorgullecerse de cualquier posesión singular. Un fantasma es una señal de importancia nada despreciable; una habitación encantada vale tanto como una pequeña finca para la complacencia de la familia que la posee. Y sin duda las ramas menores de la familia de Gowrie —la parte frívola del linaje— lo sentían así, y se enorgullecían de su insondable secreto y experimentaban un estremecimiento de grato temor y sugestión picante al recordar el misterioso algo que desconocían en su casa familiar. Ese estremecimiento recorría a todos los visitantes, los niños y los criados cuando el conde prohibía tajantemente una obra proyectada o detenía alguna exploración temeraria. Se miraban unos a otros con un placentero escalofrío. «¿Habéis oído?», decían. «No quiere que lady Gowrie tenga ese armario que tanto desea en ese trozo de pared. Despidió a los obreros antes de que pudieran tocarlo, aunque el muro tiene veinte pies de espesor si tiene uno; ¡ah!», decían los visitantes mirándose entre sí; y esa viva sugestión les enviaba hormigueos de excitación hasta las yemas de los dedos; pero incluso a su esposa, que lamentaba el cómodo armario que había proyectado, el conde no daba explicación alguna. Por lo que ella sabía, podía estar ahí mismo, junto a su cuarto, ese misterioso escondrijo; y cabe suponer que esa sugestión comunicaba a las venas de lady Gowrie un estremecimiento más agudo y extraño, acaso demasiado vívido para ser agradable. Pero ella no estaba en el número favorecido —o desafortunado— de aquellos a quienes podía revelarse la verdad.

No hace falta que enumere cuáles eran las distintas teorías al respecto. Unos pensaban que allí había habido una matanza traidora, y que la cámara secreta estaba tapiada por los esqueletos de los huéspedes asesinados —una traición que sin duda cubrió a la familia de vergüenza en su día, pero tan atemperada por el suave paso de los años que toda la vergüenza le había sido sustraída—. Los Randolph no habrían visto comprometido su honor por semejante registro histórico, por interesante que fuera. No eran tan morbosamente sensibles. Otros decían, en cambio, que el conde Roberto, el conde maldito, estaba allí encerrado para siempre en penitencia eterna, jugando a las cartas con el diablo por su alma. Pero haber atrapado así al diablo, o incluso a uno de sus ángeles, embotellado, por así decir, y con él a buen recaudo, habría sido una pluma demasiado grande en el sombrero de la familia para que pudiera asociarse a tal hecho ningún estigma duradero.

¡Qué cosa tan admirable sería saber dónde poner la mano encima al Príncipe de las Tinieblas y probarlo de una vez por todas, pezuña hendida y todo lo demás, para confusión de los incrédulos!

Así pues, esto no podía aceptarse como solución satisfactoria, ni podía sugerirse ninguna otra más al caso. La imaginación popular lo daba por perdido y sin embargo nunca lo daba por perdido; y todavía hoy, todo el que visita Gowrie, sea como huésped, sea como turista, sea solo como curioso desde un carruaje de paso, o desde el tren que atraviesa el paisaje a toda velocidad y apenas entrevé sus torres a lo lejos, gasta cada día y cada año una cierta cantidad de curiosidad, de asombro y de conjetura en torno a la Cámara Secreta: el misterio más picante e indescifrable que ha perdurado sin ser adivinado ni descifrado hasta los tiempos modernos.

Así estaban las cosas cuando el joven John Randolph, lord Lindores, llegó a la mayoría de edad. Era un joven de gran carácter y energía, distinto al tipo Randolph habitual; pues, como hemos dicho, el tipo de carácter predominante en esta familia de situación tan romántica, pese a los incidentes erráticos que les eran comunes, era el de la honradez y la mediocridad, sobre todo en su primera época. Pero el joven Lindores no era así. Era honesto y honrado, pero no mediocre. Había cursado en el colegio y en la universidad unos estudios casi notables —quizás no del todo por el camino ordinario de la erudición, pero sí lo bastante para atraer sobre él las miradas de los demás—. Había pronunciado más de un gran discurso en la Unión. Estaba lleno de ambición, de energía y de vida, proyectando toda clase de grandes cosas y dispuesto a hacer de su posición un trampolín hacia todo lo más excelente de la vida pública. No era para él la existencia de caballero rural que convenía a su padre. La idea de heredar los honores de la familia y convertirse en par escocés, ya fuera representado o representante, le llenaba de horror; y la piedad filial se calentaba en su caso con toda la energía de las esperanzas personales cuando rogaba que su padre viviera, si no eternamente, al menos más de lo que ningún lord Gowrie había vivido en el último siglo o dos. Tenía tan clara su elección por el condado en cuanto se presentara la oportunidad como puede tenerse certeza de algo; y entre tanto se proponía viajar, ir a América, ir a donde nadie pudiera decir, en busca de instrucción y experiencia, como es uso de los jóvenes de espíritu elevado con inclinaciones parlamentarias en el día de hoy. En otros tiempos habría ido «a las guerras en la Alta Germania», o en una cruzada a Tierra Santa; pero

habiendo pasado la época de los cruzados y de los soldados de fortuna, Lindores seguía la moda de su tiempo. Había hecho todos sus preparativos para el viaje, al que su padre no se oponía. Al contrario, lord Gowrie alentaba todos esos planes, aunque con un aire de melancolía indulgente que su hijo no comprendía. «Te hará bien», dijo, con un suspiro. «Sí, sí, muchacho; lo mejor para ti.» Sin duda era cierto; pero había un sentimiento implícito de que el joven necesitaría algo que le hiciera bien, de que habría de menester el bálsamo del cambio y la satisfacción de sus deseos, como podría hablarse de un convaleciente o de la víctima de alguna calamidad. Este tono desconcertaba a Lindores, quien, aunque le parecía una cosa excelente viajar y adquirir conocimiento, desdeñaba la idea de que le hicieran bien como resulta natural en cualquier joven gallardo recién salido de Oxford y de los triunfos de la Unión. Pero se dijo que la vieja escuela tenía su propia manera de ver las cosas, y quedó satisfecho. Todo estaba dispuesto para el viaje antes de que volviera a casa para pasar por las ceremonias de la mayoría de edad: la cena de los arrendatarios, los discursos, las felicitaciones, el banquete de su padre, el baile de su madre. Era verano, y el campo era tan alegre como todos los festejos que habían de celebrarse en su honor. Su amigo que iba a acompañarle en el viaje, como le había acompañado a lo largo de una parte considerable de su vida —Almeric Ffarrington, un joven de las mismas aspiraciones— subió con él a Escocia para esas fiestas. Y mientras corrían de noche por el ferrocarril del Norte, en los intervalos de dos cabezadas, tuvieron un retazo de conversación sobre aquellas glorias del cumpleaños.

—Será un fastidio, pero no durará mucho —dijo Lindores. Los dos eran de la opinión de que todo lo que no producía información ni fomentaba la cultura era un fastidio.

—¿Y no hay alguna revelación que hacerte, entre todas las cosas por las que tienes que pasar? —dijo Ffarrington—. ¿No te van a presentar en la cámara secreta, y todo ese tipo de cosa? Me gustaría estar en el grupo, Lindores.

—Ah —dijo el heredero—, lo había olvidado —aunque no era así—. En realidad no sé si me lo van a contar. Hasta los dogmas de familia tambalean hoy en día.

—Oh, yo insistiría en eso —dijo Ffarrington con ligereza—. Pocos tienen la oportunidad de hacer semejante visita: mejor que Home y todos los médiums. Yo insistiría en eso.

—No tengo razón para suponer que tenga ninguna relación con Home ni con los médiums —dijo Lindores, levemente picado. Él mismo era un espirit fort; pero un misterio en la propia familia no es como los misterios vulgares. Le gustaba que se le respetara.

—Oh, no hay ofensa —dijo su compañero—. Siempre he pensado que un tren sería una gran oportunidad para los espíritus. Si uno apareciera de repente en ese asiento vacío junto a ti, ¡qué prueba tan triunfal de su existencia! Pero no aprovechan sus oportunidades.

Lindores no podría decir qué fue lo que le hizo pensar en ese momento en un retrato que había visto en una sala trasera del castillo del viejo conde Roberto, el conde maldito. Era un mal retrato: un mamarracho, una copia ejecutada por un aficionado del retrato auténtico que, por horror al conde Roberto y sus maldades, algún señor intermedio había retirado de su lugar en la galería. Lindores nunca había visto el original: solo ese mamarracho de copia. Y sin embargo, de algún modo aquella cara se le presentó ante los ojos por algún extraño nexo de asociación —pareció aparecérselo mientras su amigo hablaba—. Un leve estremecimiento le recorrió. Era extraño. No respondió nada a Ffarrington, sino que se puso a pensar en cómo era posible que la presencia latente en su mente de alguna anticipación de esa inminente revelación, avivada por la sugerencia de su amigo, hubiera invocado de su memoria una realización momentánea del reconocido mago de la familia. Esta frase está llena de palabras largas; pero por desgracia las palabras largas son necesarias en semejante caso. Y el proceso era muy sencillo cuando se le seguía la pista. Era el caso más claro de cerebración inconsciente. Cerró los ojos para asegurarse la privacidad necesaria mientras lo meditaba; y como estaba cansado, y la cerebración inconsciente no le alarmaba en absoluto, antes de que volviera a abrirlos se quedó profundamente dormido.

Y su cumpleaños, que era el día siguiente a su llegada a Glenlyon, fue un día muy atareado. No tuvo tiempo de pensar en nada que no fuera la ocupación inmediata del momento. Saludos públicos y privados, felicitaciones, regalos, llovieron sobre él. Los Gowrie eran populares en esa generación, lo

cual distaba mucho de ser habitual en la familia. Lady Gowrie era bondadosa y generosa, con esa bondad que nace del corazón y que es la única que tiene probabilidades de impresionar a la penetrante opinión popular; y lord Gowrie tenía bien poca de la equívoca reputación de sus predecesores. Podían ser espléndidos de vez en cuando en las grandes ocasiones, aunque por lo general eran bastante sencillos; todo lo cual gusta al pueblo. Era un fastidio, decía Lindores; y con todo, el joven no desdeñaba los honores, la adulación, y todos los discursos fervorosos y los buenos deseos. Es dulce para un joven sentirse el centro de todas las esperanzas. Le pareció muy razonable, muy natural, que así fuera, y que los granjeros sintieran un orgullo de anticipación al pensar en sus futuros discursos en el Parlamento. Les prometió con la más sincera buena fe que no defraudaría sus expectativas, que sentiría el interés que le profesaban como un aliciente más. ¿Qué cosa más natural que ese interés y esas expectativas? Casi le solemnizaba su propia situación: tan joven, respetado por tanta gente, tantas esperanzas cifradas en él; y con todo era del todo natural. Su padre, no obstante, estaba aún más solemne que Lindores —lo cual era extraño, a decir lo menos—. Su rostro se fue poniendo más y más grave conforme avanzaba el día, hasta parecer casi como si estuviera descontento con la popularidad de su hijo, o tuviera algún pensamiento doloroso que le pesaba en la mente. Estaba inquieto y ansioso por que terminara la cena y por deshacerse de sus invitados; y en cuanto se fueron, mostró igual ansiedad porque su hijo también se retirara.

—Vete a la cama en seguida, como un favor que me haces —dijo lord Gowrie—. Vas a tener mucha fatiga... mañana.

—No tiene que preocuparse por mí, señor —dijo Lindores, medio ofendido; pero obedeció, pues estaba cansado. En todo ese largo día no había pensado ni una sola vez en el secreto que iba a serle revelado. Pero cuando se despertó de pronto con un sobresalto en mitad de la noche y encontró todas las velas encendidas en su cuarto y a su padre de pie junto a su cama, Lindores pensó en él de inmediato y en un instante comprendió que el acontecimiento más importante, el suceso principal de todo cuanto había ocurrido, iba a tener lugar ahora.

CAPÍTULO II

Lord Gowrie estaba muy grave y muy pálido. Estaba de pie con la mano en el hombro de su hijo para despertarle; no se había cambiado de ropa desde que se habían separado. Y la visión de ese traje de ceremonia era muy desconcertante para el joven al incorporarse de un salto en la cama. Pero al momento siguiente pareció saber exactamente cómo estaban las cosas y, más aún, haberlo sabido toda la vida. La explicación parecía innecesaria. En cualquier otro momento, en cualquier otro lugar, un hombre se habría sobresaltado al ser despertado de repente en mitad de la noche. Pero Lindores no tuvo semejante sensación; ni siquiera hizo una pregunta, sino que saltó de la cama y fijó los ojos, absorbiéndolo todo, en el rostro de su padre.

—Levántate, muchacho —dijo lord Gowrie—, y vístete lo más deprisa que puedas; ya es hora. He encendido tus velas y tienes todo listo. Has dormido un buen rato.

Ni siquiera entonces preguntó «¿qué ocurre?», como en cualquier otra circunstancia habría hecho. Se levantó sin decir nada, con un impulso de rapidez y prontitud nerviosas que solo la excitación puede dar, y se vistió ayudado en silencio por su padre. Era una escena singular: el cuarto resplandeciente de luces, el silencio, el tocado apresurado, la quietud de la noche profunda en torno. La casa, aunque tan llena y con los ecos de los festejos apenas apagados, estaba tan callada como si no hubiera dentro ni una sola criatura: más callada, en efecto, pues la quietud del vacío no es ni la mitad de impresionante que la quietud de una vida adormecida y en suspenso.

Lord Gowrie se acercó a la mesa cuando ese primer paso estuvo cumplido, y llenó una copa de vino de una botella que allí había: un vino rico, de color dorado, perfumado, que enviaba su aroma por toda la habitación.

—Vas a necesitar todas tus fuerzas —dijo—; toma esto antes de ir. Es el famoso Imperial Tokay; queda muy poco, y vas a necesitar todas tus fuerzas.

Lindores tomó el vino; nunca había bebido nada igual, y la fragancia peculiar quedó grabada en su mente, como tan a menudo lo hacen los perfumes, con todo un mundo de asociaciones en ellos. Los ojos de su padre se posaron en él con una melancolía compasiva.

— Vas a enfrentarte a la prueba más grande de tu vida — dijo; y tomando la mano del joven entre las suyas, le tomó el pulso—. Está acelerado, pero muy firme, y has dormido un buen rato.

Luego hizo lo que hace falta mucha presión para que un inglés haga: le besó a su hijo en la mejilla.

— ¡Que Dios te bendiga! — dijo, con voz quebrada—. Ven ahora, que todo está listo, Lindores.

Tomó en la mano una pequeña lámpara que al parecer había traído consigo, y fue delante. A estas alturas Lindores empezaba a sentirse él mismo de nuevo y a despertar a la conciencia de todas sus superioridades e ilustraciones. El simple sentimiento de ser uno de los miembros de una familia con un misterio, y de que había llegado el momento de su encuentro personal con esa potencia particular de las tinieblas, había sido el pensamiento inicial, sobrecogedor y palpitante. Pero ahora, mientras seguía a su padre, Lindores empezaba a recordar que él mismo no era del todo como los demás hombres; que había en él algo que haría natural que arrojara sobre esa oscuridad cuidadosamente conservada una luz hasta entonces no pensada. Cualquiera secreto que pudiera haber en ella — secreto de tendencia hereditaria, de fuerza psíquica, de conformación mental, o de alguna curiosa combinación de circunstancias a la vez más y menos potente que todas ellas — era a él a quien correspondía averiguarlo. Concentró todas sus fuerzas, se recordó a sí mismo la ilustración moderna y mandó a sus nervios que fueran de acero ante todos los horrores vulgares. También él se tomó el pulso mientras seguía a su padre. Pasar quizás la noche entre los esqueletos de aquella matanza del pasado y hacer penitencia por los pecados de sus antepasados; quedar dentro del alcance de alguna ilusión óptica hasta entonces creída por todas las generaciones, y que sin duda era de la clase que sobresalta, o su padre no estaría tan serio: cualquiera de esas cosas se sentía perfectamente capaz de afrontarla. El corazón y el ánimo se le alzaron. Pocas veces tiene un joven la oportunidad de distinguirse tan pronto en su carrera; y la suya era una de esas oportunidades que se presentan a muy pocos. Sin

duda sería algo extraordinariamente duro para los nervios y la imaginación. Convocó todas sus fuerzas para vencerlos a ambos. Y junto a ese llamamiento a sí mismo para el esfuerzo, había el impulso menos grave de la curiosidad: vería por fin qué era la Cámara Secreta, dónde estaba, cómo encajaba en los laberintos de la vieja casa. Intentó darle su justo lugar como objeto del más interesante. Se dijo que de buena gana habría hecho un largo viaje en cualquier momento para asistir a semejante exploración; y no hay duda de que en otras circunstancias una cámara secreta, con probablemente algún interés histórico no sospechado, habría sido un descubrimiento muy fascinante. Intentó con ahínco excitarse ante aquello; pero era curioso cuán ficticio le parecía ese interés, y cuánto notaba que hacer cualquier acto de curiosidad al respecto era un esfuerzo. El hecho era que la Cámara Secreta era enteramente secundaria: relegada al fondo, como todos los accesorios, por un interés más apremiante. El pensamiento abrumador de lo que contenía desplazaba toda curiosidad sana y natural sobre ella misma.

No debe suponerse, sin embargo, que el padre y el hijo tenían un largo trayecto que recorrer para que hubiera tiempo para todos estos pensamientos. Los pensamientos viajan a la velocidad del rayo, y había tiempo de sobra para todo ello en el trayecto desde la puerta del cuarto de Lindores hasta el corredor que no llegaba más allá que al cuarto del propio lord Gowrie, naturalmente uno de los aposentos principales de la casa. Casi enfrente, unos pasos más allá, había una pequeña habitación abandonada destinada a trastero, que Lindores conocía desde toda la vida. Por qué ese nido de veje- ces, polvo y telarañas debía estar tan cerca del dormitorio del cabeza de la casa había sido motivo de sorpresa para mucha gente: para los huéspedes que lo veían mientras exploraban la casa, y para cada nuevo criado en suce- sión que proyectaba un asalto a sus antiquísimas reservas, escandalizado de encontrarlo abandonado por sus predecesores. Todos sus intentos de despe- jarlo habían sido resistidos, no se sabía cómo, ni nadie se tomaba la moles- tia de averiguarlo. En cuanto a Lindores, estaba acostumbrado al lugar des- de la infancia y por tanto lo aceptaba como la cosa más natural del mundo. Había entrado y salido cien veces jugando. Y era aquí, recordó de pronto, donde había visto el mal retrato del conde Roberto que tan curiosamente se le había presentado ante los ojos en su viaje, por un movimiento mental que él había identificado enseguida como cerebración inconsciente. La primera sensación en su mente, cuando su padre se acercó a la puerta abierta del trastero, fue una mezcla de diversión y sorpresa. ¿Qué iba a buscar allí?

¿Algún viejo pentáculo, algún amuleto o fragmento de magia anticuada para servir de armadura contra el maligno? Pero lord Gowrie, avanzando y dejando la lámpara sobre la mesa, se volvió hacia su hijo con un rostro de angustia y dolor que cortaba toda ulterior diversión: le estrechó la mano, aplastándosela entre las suyas.

— Ahora, muchacho mío, hijo mío querido — dijo, en un tono apenas audible. Su semblante estaba lleno del sombrío dolor del observador: del que no tiene parte en la excitación del peligro personal, sino que desempeña el papel más terrible de contemplar a los que están en el más mortal de los peligros. Era un hombre corpulento, y su gran figura temblaba de emoción; grandes gotas de sudor le perlaban la frente. Sobre una silla polvorienta, entre otras reliquias polvorientas y deterioradas, yacía una vieja espada de empuñadura en cruz.

— Llévate esto — dijo, del mismo modo inaudible y sin aliento —, ya sea como arma, ya sea como símbolo religioso, no podría Lindores adivinarlo.

El joven la tomó maquinalmente. Su padre empujó una puerta que a él le pareció no haber visto nunca antes, y le condujo a otra sala abovedada. Aquí incluso las limitadas facultades de habla que lord Gowrie había conservado parecieron abandonarle, y su voz se convirtió en un mero murmullo ronco en la garganta. A falta de palabras, señaló otra puerta en el rincón más alejado de esa pequeña sala vacía, le dio a entender con un gesto que debía llamar allí, y retrocedió al trastero. La puerta de acceso quedó abierta, y un tenue resplandor de la lámpara iluminó débilmente ese pequeño lugar intermedio, esa tierra de nadie entre lo visible y lo invisible. A su pesar, el corazón de Lindores empezó a latir con fuerza. Hizo una pausa sin aliento, sintiendo que la cabeza le daba vueltas. Sostenía la vieja espada en la mano sin saber lo que era. Luego, reuniendo todo su valor, avanzó y llamó a la puerta cerrada. Su llamada no fue fuerte, pero le pareció que retumbaba por toda la casa silenciosa. ¿Lo oirían todos, despertarían y acudirían a ver qué había ocurrido? Este capricho de la imaginación se apoderó de él, desalojando todos los pensamientos más firmes, la serena ecuanimidad de ánimo con que debía haber afrontado el misterio. ¿Acudirían todos en tropel, en pleno deshabillé, presos de terror y consternación, antes de que la puerta se abriera? ¡Cuánto tardaba en abrirse! Volvió a tocar el panel con la mano.

Esta vez no hubo demora. En un instante, como si alguien la abriera de golpe desde dentro, la puerta se movió. Se abrió justo lo suficiente para dejarle entrar, deteniéndose a mitad como si alguien invisible la sostuviera: lo suficiente para dar la bienvenida, pero nada más. Lindores cruzó el umbral con el corazón palpitante. ¿Qué iba a ver? ¿Los esqueletos de las víctimas asesinadas? ¿Una espectral osera llena de sangrientos rastros de crimen? Le pareció que le empujaban y apresuraban al dar ese paso. ¿Qué era ese mundo de misterio en el que se veía sumergido? ¿Qué fue lo que vio?

Vio... nada... salvo algo bastante agradable de contemplar: una sala de aspecto anticuado, colgada de tapices muy viejos, de diseño tosco, cuyos colores se habían desvanecido hasta la suavidad y la armonía; entre sus pliegues, aquí y allá, un panel de madera tallada, también de talla tosca, con trazos de dorado medio borrado; una mesa cubierta de extraños instrumentos, pergaminos, tubos de alquimista y curiosa maquinaria, todo con una rareza de forma y una opacidad de materia que hablaban de antigüedad. Una pesada cubierta de terciopelo antiguo, espesa de bordados casi del todo descoloridos, cubría la mesa; en la pared encima de ella, algo que parecía un espejo veneciano muy viejo, el cristal tan oscuro y empañado que apenas reflejaba nada; en el suelo, una vieja alfombra persa blanda, gastada hasta una vaga mezcla de todos los colores. Eso era todo lo que creía ver. El corazón, que le había estado latiendo tan fuerte que casi le ahogaba, cesó ese tremendo movimiento ascendente y descendente como el émbolo de una máquina de vapor; y se calmó. Perfectamente quieta, oscura, desocupada: aunque no tan oscura tampoco; no había ninguna fuente de luz visible, ni ventanas, cortinas de tapicería por todas partes, ninguna lámpara visible, ningún fuego; y con todo una especie de luz extraña que hacía todo perfectamente claro. Miró a su alrededor intentando sonreírse de sus terrores, intentando decirse que era el lugar más curioso que había visto nunca, que debía enseñarle a Ffarrington algo de ese tapiz, que realmente debía llevarse un panel de esa talla, cuando de pronto advirtió que la puerta por la que había entrado estaba cerrada; más que cerrada: indistinguible, cubierta como el resto de las paredes por ese extraño tapiz. Ante esto el corazón volvió a latirle con fuerza a su pesar. Volvió a mirar alrededor y despertó a una existencia más vívida con un sobresalto repentino. ¿Habían sido sus ojos incapaces de percibir nada al entrar? ¿Desocupada? ¿Quién era ese que estaba en el gran sillón?

Le pareció a Lindores que no había visto ni el sillón ni el hombre cuando entró. Sin embargo, allí estaban, sólidos e inequívocos: el sillón tallado como los paneles, el hombre sentado ante la mesa. Le miraba con una mirada abierta y serena, observándole. El corazón del joven parecía agitarse en su garganta como un pájaro, pero era valiente, y su mente hizo un último esfuerzo por romper ese hechizo. Intentó hablar, luchando con una voz que no quería sonar y con unos labios demasiado resecos para formar una palabra. «Ya veo cómo es», era lo que quería decir. Era el rostro del conde Roberto el que le miraba; y aunque sobresaltado como estaba, sacó a rastras su filosofía para sostenerse. ¿Qué podía ser sino ilusiones ópticas, cerebración inconsciente, apresamiento oculto por la mente impresionada y luchadora de ese único semblante? Pero no podía oír que pronunciara ninguna palabra mientras permanecía convulsionado, luchando con los labios resecos y la voz entrecortada.

La Aparición sonrió, como si leyera sus pensamientos: sin malevolencia, sin malicia, con cierta diversión mezclada de desdén. Luego habló, y el sonido pareció respirar por toda la sala, no como ninguna voz que Lindores hubiera oído nunca: una especie de expresión del lugar, como el susurro del aire o el rumor del mar.

—Esta noche aprenderás mejor: esto no es ningún fantasma de tu cerebro; soy yo.

—En nombre de Dios —exclamó el joven en su interior; no supo si las palabras llegaron al aire o no, si había aire—: ¿en nombre de Dios, quién eres?

La figura se levantó como si fuera a acercarse a responderle; y Lindores, sobrepasado por el aparente avance, forzó la voz. Un grito le salió —lo oyó esta vez— y aun en su apuro sintió una punzada más al escuchar el terror en su propia voz. Pero no cedió: se quedó firme, desesperado, con toda su fuerza concentrada en el acto; no se volvió ni retrocedió. Vagamente le cruzó por la mente el pensamiento de que ser puesto así en contacto con lo invisible era el experimento más deseable de la tierra, la solución definitiva de cien preguntas; pero sus facultades no estaban suficientemente en su mano para poder acogerlo. Solo se mantuvo firme; eso fue todo.

Y la figura no se acercó a él; al cabo de un momento se hundió de nuevo en el sillón —se hundió, pues ningún sonido, ni el más leve, acompañó sus

movimientos—. Era la figura de un hombre de mediana edad, con el cabello blanco pero la barba solo salpicada de canas, con los rasgos del retrato: un rostro familiar, más o menos parecido a todos los Randolph, pero con un aire de dominación y poder del todo diferente al del linaje. Vestía una larga túnica de color oscuro, bordada con extrañas líneas y ángulos. No había nada repelente ni terrible en su presencia, nada salvo el silencio, la calma, la quietud absoluta —que estaba tanto en el lugar como en él— para mantener el temblor involuntario del que le contemplaba. Su expresión era de dignidad y gravedad, sin malevolencia ni dureza. Podría haber sido el bondadoso patriarca de la casa, velando por los destinos de ella en una reclusión que él mismo hubiera elegido. Los pulsos que habían estado latiendo en Lindores se serenaron. ¿Por qué ese pánico? Un destello de ridiculez de sí mismo se apoderó de él al estar allí de pie como un absurdo héroe de romance anticuado con la espada oxidada y polvorienta —inútil desde luego, seguramente no apta para ser empleada contra ese noble mago anciano— en la mano.

—Tienes razón —dijo la voz, respondiendo una vez más a sus pensamientos—; ¿qué harías tú con esa espada contra mí, joven Lindores? Déjala. ¿Por qué han de enfrentarse a mí mis hijos como a un enemigo? Eres mi carne y mi sangre. Dame la mano.

Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo del joven. La mano que se le tendía era grande, bien formada y blanca, con una línea recta en la palma —una señal de familia de la que los Randolph se enorgullecían—: una mano amistosa; y el rostro le sonreía, fijándole con esos ojos serenos y profundos, de color azul.

—Ven —dijo la voz.

La palabra pareció llenar el lugar, derritiéndose sobre él desde cada rincón, susurrando en torno a él con la más suave persuasión. Se sentía arrullado y calmado a su pesar. Espíritu o no espíritu, ¿por qué no había de aceptar esa cortesía que se le ofrecía? ¿Qué daño podía venir de ello? Lo que más le retenía era el peso de la vieja espada, pesada e inútil, que sostenía maquinalmente pero que algún sentimiento interior —no sabría decir cuál— le impedía soltar. ¿Era superstición?

—Sí, eso es superstición —dijo su antepasado, serenamente—; suéltala y ven.

—Conoces mis pensamientos —dijo Lindores—; yo no he hablado.

—Tu mente habló, y con justicia. Suelta ese emblema de la fuerza bruta y de la superstición a la vez. Aquí es la inteligencia quien es suprema. Ven.

Lindores vaciló. Estaba sereno; la facultad de pensar le había vuelto. Si ese venerable y benévolo patriarca era todo lo que parecía, ¿por qué el terror de su padre? ¿Por qué el secreto en que estaba envuelta su existencia? Su propia mente, aunque serena, no parecía actuar del modo habitual. Los pensamientos parecían ser arrastrados a través de ella como por el viento. Uno de ellos le llegó de repente en ese momento:

Cómo le miró a la cara / un ángel hermoso y brillante / y cómo supo que era un demonio.

Las palabras no habían terminado cuando el conde Roberto respondió de pronto con impaciencia en la voz:

—Los demonios son invención de los hombres; como los ángeles y demás tonterías. Soy tu padre. Me conoces; y eres mío, Lindores. Tengo un poder más allá de lo que puedes comprender; pero necesito carne y sangre para reinar y para gozar. ¡Ven, Lindores!

Extendió la otra mano. El gesto, la mirada, eran los de la bondad, casi del anhelo, y el rostro era familiar, la voz era la del linaje. ¿Sobrenatural? ¿Era sobrenatural que ese hombre viviera allí encerrado durante siglos? ¿Y por qué? ¿Y cómo? ¿Había alguna explicación de ello? La cabeza del joven empezó a darle vueltas. No podía determinar cuál era real: la vida que había dejado media hora antes, o esta. Intentó mirar a su alrededor, pero no pudo; sus ojos fueron atrapados por esos otros ojos afines que parecían dilatarse y profundizarse conforme los miraba, atrayéndole con una extraña compulsión. Se sentía ceder, balancearse hacia el extraño ser que así le invitaba. ¿Qué podría ocurrir si cedía? Y no podía apartar la vista, no podía arrancarse de la fascinación de esos ojos. Con un impulso extraño y súbito que era mitad desesperación y mitad un deseo desconcertante y semiconsciente de probar una potencia contra otra, empujó hacia adelante la cruz de la vieja espada entre él y esas manos suplicantes.

—¡En el nombre de Dios! —dijo.

Lindores nunca pudo determinar si lo que ocurrió fue que él mismo se desmayaba y que la oscuridad del desvanecimiento acudía a sus ojos de-

spués de esa violencia y esa tensión de emoción, o si fue su conjuro el que obró. Pero hubo un cambio instantáneo. Todo nadó a su alrededor por un momento, un mareo y una ceguera le sobrecogieron, y no vio nada salvo los contornos vagos de la sala, vacía como cuando había entrado. Pero gradualmente su conciencia volvió, y se encontró de pie en el mismo lugar que antes, aferrando la vieja espada, y poco a poco, como en un sueño, reconoció la misma figura que emergía de la bruma que —¿estaba solo en sus propios ojos?— lo había envuelto todo. Pero ya no estaba en la misma actitud. Las manos que se le habían tendido estaban ahora ocupadas con alguno de los extraños instrumentos que había sobre la mesa, moviéndose, ora como en el acto de escribir, ora como si manejara las teclas de un telégrafo. Lindores sentía que la cabeza se le iba y estaba trastornada; pero seguía siendo un ser humano de su siglo. Pensó en el telégrafo con un agudo estremecimiento de curiosidad en medio de sus sensaciones que iban recordándose. ¿Qué comunicación era aquella que se desarrollaba ante sus ojos? El mago seguía trabajando. Tenía la cara vuelta hacia su víctima, pero las manos se movían sin cesar. Y Lindores, conforme se iba acostumbrando a la situación, empezó a fatigarse, a sentirse como un pretendiente ignorado que espera una audiencia. Haber sido llevado a semejante tensión de sentimiento y luego dejado esperando era intolerable; la impaciencia se apoderó de él. ¿Qué circunstancias pueden darse, por horribles que sean, en las que un ser humano no sienta impaciencia? Hizo numerosos intentos de hablar antes de poder lograrlo. Le pareció que su cuerpo sentía más miedo que él: que los músculos se le contraían, la garganta se le reseca, la lengua se negaba a cumplir su función, aunque su mente estaba imperturbada e intrépida. Al fin encontró voz a pesar de toda la resistencia de su carne y su sangre.

—¿Quién eres? —dijo con voz ronca—. Tú, que vives aquí y oprimes a esta casa.

La visión alzó los ojos hacia él de lleno, con esa extraña sombra de sonrisa de nuevo, burlona pero sin crueldad.

—¿Me recuerdas —dijo— en tu viaje hasta aquí?

—Aquello fue... una ilusión. —El joven jadeó buscando aliento.

—Más bien eres tú una ilusión. Tú has durado apenas veintiún años, y yo... siglos.

—¿Cómo? ¿Siglos, y por qué? ¡Respóndeme: eres hombre o demonio! — exclamó Lindores, arrancando las palabras, así lo sentía, de su propia garganta—. ¿Estás vivo o muerto?

El mago le miró con la misma mirada intensa que antes.

—Ponte de mi parte, y lo sabrás todo, Lindores. Necesito a alguien de mi propia sangre. A otros podría tenerlos en abundancia; pero te necesito a ti. ¡Un Randolph, un Randolph! Y a ti. ¿Muerto? ¿Te parezco muerto? Lo tendrás todo —más de lo que los sueños pueden dar— si te pones de mi parte.

¿Puede dar lo que no tiene? fue el pensamiento que cruzó la mente de Lindores. Pero no pudo expresarlo. Algo que le ahogaba y sofocaba le obstruía la garganta.

—¿Que si puedo dar lo que no tengo? Tengo todo: el poder, que es lo único que vale; y tú tendrás más que poder, pues eres joven: ¡mi hijo! ¡Lindores!

Discutir era natural, y daba fuerzas al joven.

—¿Es esta una vida —dijo—, aquí? ¿Qué vale todo tu poder, aquí? ¿Sentarse durante siglos y hacer desdichado a un linaje?

Una convulsión momentánea cruzó el rostro inmóvil.

—Me desprecias —exclamó, con apariencia de emoción—, porque no comprendes cómo muevo al mundo. ¡El poder! Supera lo que puede concebir la imaginación. ¡Y lo tendrás tú! —dijo el mago, con lo que parecía un arranque de entusiasmo.

Pareció acercarse, hacerse más grande. Extendió la mano de nuevo, esta vez tan cerca que parecía imposible esquivarla. Y un tropel de deseos pareció irrumpir en la mente de Lindores. ¿Qué daño en probar si podía ser cierto? Probar qué significaba todo aquello: quizás nada, ilusiones, apariencia vana, y entonces no podía haber ningún daño; o quizás había conocimiento que alcanzar, y el conocimiento es poder. ¡Prueba, prueba, prueba!, zumbaba el aire en torno a él. La sala parecía llena de voces que le apremiaban. Su cuerpo se elevó en un tremendo torbellino de excitación, las venas parecían hinchársele hasta estallar, los labios parecían forzar un sí a su pesar, entreabiéndose con un temblor. El siseo de la s le parecía oírlo en los oídos. Lo

convirtió en el nombre que era también un conjuro, y gritó: «¡Ayúdame, Dios!», sin saber por qué.

Luego sobrevino otra pausa: sintió como si algo que le sostenía le hubiera soltado y hubiera caído, y estuviera desfallecido. La excitación había sido más de lo que podía soportar. Una vez más todo nadó en torno a él, y no supo dónde estaba. ¿Había escapado del todo? fue el primer destello de consciencia en su mente al despertar. Pero cuando pudo pensar y ver de nuevo, seguía en el mismo lugar, rodeado por los viejos tapices y los paneles tallados; aunque solo. Sintió también que podía moverse, pero la más extraña doble conciencia le acompañó a lo largo de toda la prueba restante. Su cuerpo le parecía como un caballo asustado le parece a un viajero de noche: algo separado de él, más asustado que él, que se echaba a un lado a cada paso, viendo más que su amo. Los miembros le temblaban de miedo y de debilidad, obedeciendo a duras penas la acción de su voluntad, cimbreándose bajo él con sacudidas a los lados cuando se obligaba a moverse. El cabello se le erizaba en la cabeza; cada dedo le temblaba como con una parálisis; los labios, los párpados, le palpitaban con agitación nerviosa. Pero la mente estaba firme, estimulada hasta una calma desesperada. Se arrastró por la sala, cruzó el mismísimo lugar donde el mago había estado: todo vacío, silencioso, despejado. ¿Había vencido al enemigo? Este pensamiento le cruzó la mente con un triunfo involuntario. Volvió la vieja cadena de sensaciones. Tales efectos podían ser producidos quizás solo por la imaginación, la excitación, la ilusión...

Lindores levantó los ojos, atraído por un impulso repentino que no sabría explicar; y la sangre que tan hirviente y fermentante había estado se le heló súbitamente en las venas. Alguien le miraba desde el viejo espejo en la pared. Un rostro no humano y lleno de vida, como el del habitante de ese lugar, sino espectral y terrible, como el de uno de los muertos; y mientras miraba, una multitud de otros rostros apareció detrás, mirándole todos, algunos con tristeza, algunos con una amenaza en sus terribles ojos. El espejo no cambiaba, pero en su pequeño y oscuro espacio parecía contener una compañía innumerable, apiñada arriba y abajo, todos con la misma mirada fija en él. Los labios se le abrieron con una bocanada de horror. ¡Más y más y más! Estaba de pie junto a la mesa cuando llegó aquella multitud. Entonces, de pronto, sintió que una mano fría se posaba sobre él. Se volvió: muy cerca de su lado, rozándole con la túnica, sujetándole con fuerza por el

brazo, estaba sentado el conde Roberto en su gran sillón. Un grito salió de los labios del joven. Le pareció oírlo resonar en una distancia insondable. El frío tacto le penetró hasta el alma.

—¿Me lanzas conjuros, Lindores? Eso es un instrumento del pasado. Tendrás algo mejor con que trabajar. ¿Y estás tan seguro de aquel a quien invocas? Si semejante ser existe, ¿por qué ha de ayudarte a ti, que nunca antes le invocaste?

Lindores no supo si esas palabras fueron dichas; era una comunicación rápida como los pensamientos de la mente. Y le pareció que algo respondía que no era del todo él mismo. Parecía estar pasivo y escuchar el argumento.

—¿Mide Dios con un hombre en apuros si le ha invocado alguna vez antes? Yo le invoco ahora —(ahora sentía que era él mismo quien lo decía) —: ¡aléjate, espíritu maligno! ¡Aléjate, muerto y maldito! ¡Aléjate, en el nombre de Dios!

Se sintió arrojado con violencia contra la pared. Una risa débil, ahogada en la garganta y seguida de un gemido, rodó por la sala; los viejos tapices parecieron abrirse aquí y allá, y agitarse, como en un ir y venir de presencias. Lindores se apoyó de espaldas contra la pared y todos los sentidos le volvieron. Sintió que la sangre le corría por el cuello; y en este nuevo contacto con lo físico, su cuerpo, en su locura de terror, se hizo manejable. Por primera vez se sintió enteramente dueño de sí mismo. Aunque el mago estaba en su sitio, una figura grande, majestuosa y aterradora, no se encogió. «¡Mentiroso!», gritó, con una voz que resonó y repercutió como en el aire natural. «¡Aferrado a una miserable vida como un gusano, como un reptil; prometiéndolo todo, sin tener nada más que este antro, al que no llega la luz del día! ¿Este es tu poder, tu superioridad sobre los hombres que mueren? ¿Por esto oprime a un linaje y hace desdichada a una casa? ¡Juro, en nombre de Dios, que tu reinado ha terminado! Tú y tu secreto no durarán más.»

No hubo respuesta. Pero Lindores sintió que los ojos de su terrible antepasado adquirirían de nuevo ese dominio mesmético sobre él que ya había estado a punto de vencer sus fuerzas. Debía apartar los suyos, o perecer. Tenía el horror humano de dar la espalda a ese adversario vigilante: enfrentarle parecía la única seguridad; pero enfrentarle era ser vencido. Lentamente, con un tormento indescriptible, se arrancó de esa mirada: le parecía que le arrancaba los ojos de sus cuencas, el corazón del pecho. Con

resolución, con la audacia de la desesperación, se volvió hacia el lugar por donde había entrado: el lugar donde no había puerta, sintiendo ya en anticipación el paso detrás de él, el apretón que aplastaría y sofocaría su vida agotada; pero demasiado desesperado para importarle.

CAPÍTULO III

¡Qué maravilloso es el azul albor del nuevo día antes del sol! No el alba rosada, de dedos de rosa, que llega más tarde con toda su riqueza; sino esta, queda, soñadora, maravillosa, emergiendo de lo invisible, intimidada por la solemnidad del nacimiento nuevo. Cuando los vigilantes angustiados ven ese primer resplandor avanzar sobre los cielos que esperan, ¡cuánto alivio mezclado con renovado dolor hay en él! Otro largo día para afrontar, y otra triste noche que ha pasado. Lord Gowrie estaba sentado entre el polvo y las telarañas, con la lámpara chisporroteando inútilmente en el azul de la mañana. Había oído la voz humana de su hijo, aunque nada más; y esperaba que lo arrojaran hacia fuera manos invisibles, como le había ocurrido a él, dejándole tendido en un largo y mortal desmayo al otro lado de esa puerta mística. Así era como había ocurrido con heredero tras heredero, según se transmitía de padre a hijo, uno después de otro, conforme el secreto pasaba de generación en generación. Uno o dos portadores del nombre de Lindores no se habían recobrado nunca; la mayoría habían quedado ensombrecidos y doblegados para siempre. Recordaba con tristeza la lozanía de la existencia que nunca había vuelto para él mismo; las esperanzas que nunca habían vuelto a florecer; la seguridad con que nunca más había podido moverse por el mundo. Y ahora su hijo sería como él: la gloria apagada en su vida, sus ambiciones y aspiraciones destruidas. Él no había sido dotado como su muchacho: había sido un hombre llano y honrado, y nada más; pero la experiencia y la vida le habían dado bastante sabiduría para sonreír a veces ante las coqueterías del intelecto en que Lindores se complacía. ¿Habían

terminado todas ellas ahora, esas extravagancias de la joven inteligencia, esos entusiasmos del alma? La maldición de la casa había caído sobre él: el magnetismo de aquella extraña presencia, siempre viva, siempre vigilante, presente en toda la historia de la familia. El corazón le dolía por su hijo; y con todo, junto a ese dolor había para él cierto consuelo en tener desde entonces un compañero en el secreto: alguien con quien hablar de ello como no había podido hablar desde que murió su propio padre. Casi todas las luchas mentales que Gowrie había conocido habían estado relacionadas con ese misterio; y había tenido que guardarlas en su pecho, ocultarlas incluso cuando le desgarraban por dentro. Ahora tenía un compañero en su pena. En eso estaba pensando mientras pasaba la noche. ¡Cuán despacio transcurrían los momentos! No advirtió que llegaba la claridad del día. Al cabo de un rato hasta el pensamiento quedó suspendido en la escucha. ¿No estaba ya casi apurándose el tiempo? Se levantó y empezó a andar de aquí a allá por el espacio encajonado, que apenas era de unos pasos de extensión. Había un armario viejo en la pared en el que había restaurativos: esencias acres y cordiales, y agua fresca que él mismo había traído; todo estaba listo; en breve, el cuerpo lívido de su hijo, medio muerto, sería arrojado hacia fuera a su cuidado.

Pero no fue así como ocurrió. Mientras esperaba, tan atento que toda su figura parecía ser capaz de oír, oyó el cierre de la puerta, cerrada resueltamente con un sonido que se alzó en apagados ecos por toda la casa; y el propio Lindores apareció, lívido ciertamente como un muerto, pero andando erguido y con firmeza, los rasgos del rostro contraídos y los ojos fijos hacia adelante. Lord Gowrie lanzó un grito. Le asustó más aquel regreso inesperado que la postración inconsciente del desmayo que había esperado. Retrocedió ante su hijo como si también él fuera un espíritu. «¡Lindores!», exclamó. ¿Era Lindores, o alguien más en su lugar? El muchacho parecía no verle. Fue derecho adonde estaba el agua en la mesa polvorienta, bebió un gran sorbo y se volvió hacia la puerta. «¡Lindores!», dijo su padre, con miserable ansiedad. «¿No me reconoces?» Incluso entonces el joven solo le miró a medias y le tendió una mano casi tan fría como la mano que le había aferrado en la Cámara Secreta; una leve sonrisa apareció en su cara.

—No te quedes aquí —susurró—. ¡Ven, ven!

Lord Gowrie pasó el brazo de su hijo por el suyo y sintió que le recorría el estremecimiento de los nervios llevados más allá de la fuerza mortal.

Apenas podía seguirle el paso mientras avanzaba a zancadas por el corredor hacia su cuarto, tropezando como si no pudiera ver, pero rápido como una flecha. Cuando llegaron a su cuarto, se volvió, cerró la puerta y echó la llave, luego se echó a reír mientras se desplomaba en la cama.

—Eso no le impedirá entrar, ¿verdad? —dijo.

—Lindores —dijo su padre—, esperaba encontrarte inconsciente. Me asusta casi más encontrarte así. No necesito preguntar si le has visto.

—Oh, le he visto. ¡El viejo embustero! Padre, prométeme exponerle, echarle fuera, prométeme limpiar ese maldito antro viejo. Es culpa nuestra. ¿Por qué hemos dejado semejante lugar cerrado a la luz del día? ¿No hay algo en la Biblia sobre los que hacen el mal y aborrecen la luz?

—¡Lindores! Tú no sueles citar la Biblia.

—No, supongo que no; pero hay más verdad en... muchas cosas de la que pensábamos.

—Échate —dijo el padre angustiado—. Toma un poco de este vino; intenta dormir.

—Quítamelo; no me des más de esa bebida del diablo. Habla conmigo: es mejor. ¿Tú pasaste por lo mismo, pobre padre? Y sujétame fuerte. ¡Estás caliente, eres honrado!

Extendió las manos sobre las de su padre, calentándose las con el contacto. Apoyó la mejilla como un niño contra el brazo de su padre. Soltó una risa débil, con las lágrimas en los ojos.

—Caliente y honrado —repitió—. ¡Carne y sangre bondadosas! ¿Y tú pasaste por lo mismo?

—¡Hijo mío! —exclamó el padre, sintiendo que el corazón se le encendía y henchía sobre el hijo que le había sido alejado por años en virtud de ese desarrollo de la hombría joven y el intelecto madurante que tan a menudo corta y afloja los vínculos del hogar. Lord Gowrie había sentido que Lindores le despreciaba a medias por su mente sencilla y su imaginación más torpe; pero ese aferramiento infantil le venció, y las lágrimas le acudieron a los ojos.

—Creo que me desmayé. Nunca supe cómo terminó. Hicieron conmigo lo que quisieron. Pero tú, mi valiente muchacho, saliste por tu propia voluntad.

Lindores se estremeció.

—¡Hui! —dijo—. Ningún honor en eso. No tuve valor para enfrentarle más tiempo. Te lo contaré después. Pero quiero saber lo que te ocurrió a ti.

¡Qué alivio fue para el padre poder hablar! Durante años y años aquello había estado encerrado en su pecho. Le había hecho sentirse solo en medio de sus amigos.

—Gracias a Dios —dijo— de que pueda hablar contigo, Lindores. Muchas veces he tenido la tentación de contárselo a tu madre. Pero ¿para qué hacerla desgraciada? Ella sabe que hay algo; sabe cuándo le veo, pero no sabe más.

—¿Cuándo le ves?

Lindores se incorporó con una vuelta de su primera expresión lívida. Luego alzó el puño cerrado en el aire y lo sacudió.

—¡Vil demonio, cobarde, embustero!

—¡Calla, calla, calla, Lindores! ¡Que Dios nos ayude! ¡Qué problemas puedes atraerte!

—¡Y que Dios me ayude, venga lo que venga! —dijo el joven—. Le desafío, padre. Un ser maldito como ese ha de ser menos poderoso, no más, que nosotros, con Dios de nuestra parte. Solo mantente a mi lado: mantente a mi lado...

—¡Calla, Lindores! Aún no lo sientes: no poder escapar de su presencia en toda tu vida. Hará que lo pagues, si no ahora, más tarde; cuando recuerdes que está allí; en todo lo que ocurra, sabiéndolo todo. Pero espero que no sea tan duro contigo como lo ha sido conmigo, pobre hijo mío. Que Dios te ayude si lo es, pues tienes más imaginación y más mente. Yo soy capaz de olvidarle a veces cuando estoy ocupado: en el campo, lanzado a todo galope. Pero tú no eres aficionado a la caza, pobre hijo mío —dijo lord Gowrie, con una curiosa mezcla de pesar que era menos grave que el otro—. Luego bajó la voz—. Lindores, esto es lo que me ha ocurrido a mí desde el momento en que le di la mano.

— Yo no le di la mano.

—¿No le diste la mano? ¡Que Dios te bendiga, hijo mío! ¿Te resististe?
—exclamó, con las lágrimas acudiéndole de nuevo a los ojos—. Y dicen... dicen..., aunque no sé si hay verdad en ello.

Lord Gowrie se levantó del lado de su hijo y empezó a andar de un lado a otro con pasos agitados.

—¡Si hubiera verdad en ello! Mucha gente cree que todo es una fantasía. ¡Si hubiera verdad en ello, Lindores!

—¿En qué, padre?

—Dicen que si una vez se le resiste, su poder se rompe: con una sola negativa. Tú pudieras enfrentarte a él, ¡tú! Perdóname, hijo mío, como espero que Dios me perdone por haber apreciado tan poco Sus mejores dones —exclamó lord Gowrie, volviendo con los ojos húmedos; y encorvándose, le besó la mano a su hijo—. Pensé que te quebrantaría más el hecho de ser más mente que cuerpo —dijo, con humildad—. Pensé: si solo pudiera haberte librado de la prueba; ¡y eres tú el vencedor!

—¿Soy el vencedor? Creo que tengo todos los huesos rotos, padre, fuera de sus articulaciones —dijo el joven, en voz baja—. Creo que voy a dormirme.

—Sí, descansa, hijo mío. Es lo mejor —dijo el padre, aunque con un instante de decepción.

Lindores se echó de nuevo sobre la almohada. Estaba tan pálido que hubo momentos en que el angustiado vigilante pensó que no dormía, sino que estaba muerto. Tendió la mano débilmente y asió la de su padre. «Caliente... honrado», dijo, con una sonrisa débil en los labios, y se durmió.

La luz del día entraba a raudales en el cuarto, filtrándose por postigos y cortinas y burlándose de la lámpara que seguía chisporroteando sobre la mesa. Parecía un emblema de los desórdenes, mentales y materiales, de aquella noche extraña; y como tal afectaba a la imaginación sencilla de lord Gowrie, que habría querido levantarse a apagarla y cuya mente volvía una y otra vez, a su pesar, a ese síntoma de perturbación. Al cabo de un rato, cuando el apretón de Lindores se aflojó y le soltó la mano, se levantó del lado de su hijo y apagó la lámpara, apartándola con cuidado. Con igual cuidado re-

tiró el vino de la mesa y devolvió al cuarto su aspecto ordinario, abriendo suavemente una ventana para dejar entrar el aire fresco de la mañana. El parque yacía fresco a la luz temprana del sol, silencioso salvo por el gorjeo de los pájaros, refrescado por el rocío, brillando en esa suave radiosidad matinal que se desvanece antes de que los cuidados de los mortales estén en pie. Nunca, quizás, había mirado Gowrie al hermoso mundo en torno a su casa sin pensar en la extraña existencia que se desarrollaba tan cerca de él, que se había desarrollado durante siglos, encerrada y apartada de la luz del sol. La Cámara Secreta había estado presente con él desde el momento en que la vio. Nunca había podido liberarse de su hechizo. Se había sentido observado, rodeado, espiado, día a día, desde que tenía la edad de Lindores; y aquello hacía treinta años. Lo repasó todo en su mente mientras permanecía allí de pie y su hijo dormía. Había tenido en los labios el deseo de contárselo todo a su muchacho, que había venido ahora a heredar la ilustración de su linaje. Y era una decepción para él tenerlo todo de nuevo forzosamente callado, con el silencio impuesto una vez más. ¿Querría escucharlo cuando despertara? ¿No preferiría más bien, como lord Gowrie recordaba haber hecho él mismo, apartar el pensamiento lo más lejos posible y esforzarse en olvidar por el momento, hasta que llegara la hora en que no se le permitiría olvidar? Él había sido así, lo recordaba ahora. No había querido oír el relato de su propio padre.

«Lo recuerdo», se dijo, repasando todo en su mente: si al menos Lindores estuviera dispuesto a oír la historia cuando despertara. Pero él mismo no había estado dispuesto cuando era Lindores, y podía entender a su hijo, y no podía culparle; pero sería una decepción. En eso estaba pensando cuando oyó la voz de Lindores que le llamaba. Fue de prisa a su lado. Era extraño verle en su traje de noche con el rostro demacrado, a la luz fresca de la mañana que entraba por cada rendija. «¿Lo sabe mi madre?», dijo Lindores. «¿Qué va a pensar?»

—Sabe algo; sabe que tienes alguna prueba que pasar. Lo más probable es que esté rezando por los dos; así son las mujeres —dijo lord Gowrie, con la ternura trémula que a veces asoma a la voz de un hombre cuando habla de una buena esposa—. Voy a tranquilizarla y a decirle que ya ha pasado todo bien.

—Aún no. Primero cuéntame —dijo el joven, poniendo la mano en el brazo de su padre.

¡Qué alivio fue! «Yo no fui tan bueno con mi padre», pensó de pronto, con un arrepentimiento repentino por la falta ya lejana y ya olvidada que, en realidad, nunca antes había llegado a reconocer como falta. Y entonces le contó a su hijo lo que había sido la historia de su vida: cómo apenas había estado sentado a solas sin sentir, desde algún rincón del cuarto, desde detrás de algún tapiz, aquellos ojos posados sobre él; y cómo, en las dificultades de su vida, aquel secreto habitante de la casa había estado presente, sentado a su lado y aconsejándole.

—Siempre que ha habido algo que hacer, cuando ha habido una opción entre dos caminos, de repente le he visto a mi lado; siento cuándo viene. No importa dónde esté, aquí o en cualquier otro lugar: en cuanto hay algún asunto de familia; y siempre me aconseja el mal camino, Lindores. A veces me dejo llevar por él, ¿qué remedio? Todo lo hace tan claro; lo hace parecer que el mal es el bien. Si he cometido injusticias a lo largo de mi vida...

—No las has cometido, padre.

—Sí: estaban esos montañeses que eché de sus tierras. No tenía intención de hacerlo, Lindores; pero él me mostró que sería mejor para la familia. Y mi pobre hermana que se casó con Tweedside y fue desdichada toda la vida. Eso fue obra suya, ese matrimonio; dijo que sería rica, y lo fue, pobre mujer, pobre mujer, y murió de ello. Y el arrendamiento del viejo Macalister... ¡Lindores, Lindores! Cuando hay algún asunto que tratar, se me encoge el corazón. Sé que vendrá, y aconsejará mal, y me dirá algo de lo que me arrepentiré después.

—Lo que hay que hacer es decidir de antemano que, bueno o malo, no seguirás su consejo.

Lord Gowrie se estremeció.

—Yo no soy fuerte como tú, ni listo; no soy capaz de resistirme. A veces me arrepiento a tiempo y no lo hago; y entonces... Pero por tu madre y por vosotros los hijos, hay muchos días en que no habría dado un céntimo por mi vida.

—Padre —dijo Lindores, saltando de la cama—, si somos dos juntos, podemos hacer muchas cosas. Promete que esta misma mañana limpiarás ese maldito antro de tinieblas.

—¡Lindores, calla, calla, por el amor del cielo!

— ¡No callaré, por el amor del cielo! Ábrelo, que lo vea todo el que quiera, acaba con el secreto, tira todo abajo, tapices y paredes. ¿Qué dices? ¿Echar agua bendita? ¿Te estás riendo de mí?

— Yo no he dicho nada — dijo el conde de Gowrie, poniéndose muy pálido y aferrando a su hijo con las dos manos — . Calla, muchacho; ¿crees que no oye?

Y entonces hubo una risa baja muy cerca de ellos, tan cerca que ambos se encogieron: una risa no más alta que una respiración.

— ¿Has sido tú... padre?

— No, Lindores. — Lord Gowrie tenía los ojos fijos. Estaba tan pálido como un muerto. Sujetó a su hijo un momento; luego su mirada y su apretón se aflojaron, y se desplomó débilmente en un sillón — . ¡Ya ves! — dijo — . Hagamos lo que hagamos, será lo mismo; estamos en su poder.

Y sobrevino entonces la pausa en blanco con que los hombres vencidos se enfrentan a una situación sin esperanza. Pero en ese momento los primeros e imperceptibles movimientos de la casa — una ventana que se abría, un cerrojo que se descorría, un movimiento de pasos y voces apagadas — se hicieron audibles en el silencio de la mañana. Lord Gowrie se rehízo al instante.

— No podemos dejarnos encontrar así — dijo — . No debemos mostrar cómo hemos pasado la noche. Ha terminado, gracias a Dios; y oh, hijo mío, perdóname. Me alegra que seamos dos para soportarlo: alivia la carga, aunque te pido humildemente perdón por decirlo. Te habría librado de ello si hubiera podido, Lindores.

— No quiero haber sido librado; pero no lo soportaré. Le pondré fin — dijo el joven, con un juramento al que su emoción quitaba toda profanidad. Su padre dijo «calla, calla», y se fue, con una expresión de terror y dolor; aunque en su mente latía un estremecimiento de tierno orgullo. ¡Qué valiente era el muchacho! Y eso incluso después de haber estado allí. ¿Podría ser que todo aquello no viniera a nada, como habían venido a nada todos los intentos anteriores de resistir?

—Supongo que ahora lo sabes todo, Lindores —dijo su amigo Ffarrington después del desayuno—. ¡Suerte para los que vamos a recorrer la casa! ¡Qué lugar tan glorioso es este!

—Creo que Lindores no disfruta del glorioso lugar hoy —dijo otro de los huéspedes en voz baja—. ¡Qué pálido está! No parece haber dormido.

—Os llevaré a cada rincón donde haya estado yo nunca —dijo Lindores. Miró a su padre con algo casi de imperativo en los ojos—. Venid todos. No habrá más secretos aquí.

—¿Has perdido el juicio? —dijo su padre en su oído.

—No importa —exclamó el joven—. Oh, confía en mí; lo haré con juicio. ¿Estáis todos listos?

Había en él una excitación que a medias asustaba y a medias electrizaba al grupo. Todos se levantaron, ansiosos aunque indecisos. Su madre se acercó a él y tomó su brazo.

—Lindores, no harás nada que contrarie a tu padre; no le hagas sufrir. No sé vuestros secretos, vosotros dos; pero míralo, tiene bastante con lo que soportar.

—Quiero que conozcas nuestros secretos, madre. ¿Por qué hemos de tener secretos para ti?

—¿Por qué, en efecto? —dijo ella, con lágrimas en los ojos—. Pero, Lindores, hijo mío querido, no lo pongas más difícil para él.

—Te doy mi palabra de que seré prudente —dijo; y ella le dejó para ir con su padre, que seguía al grupo con cara de ansiedad.

—¿Vienes tú también? —le preguntó.

—¿Yo? No; no iré. Pero confía en él: confía en el muchacho, John.

—No puede hacer nada; no podrá hacer nada —dijo él.

Y así partieron los huéspedes en su ronda: el hijo al frente, excitado y tembloroso, el padre ansioso y vigilante detrás. Comenzaron de la manera habitual, por las salas de estado y la galería de retratos; y en poco tiempo el grupo había olvidado a medias que hubiera algo inusual en la inspección.

Sin embargo, cuando estaban a mitad de la galería, Lindores se detuvo en seco con aire de asombro.

—¿Han vuelto a ponerlo entonces? —dijo. Estaba de pie ante el espacio vacío donde debería haber estado el retrato del conde Roberto—. ¿Qué es eso? —exclamaron todos, agolpándose en torno a él, dispuestos para cualquier maravilla. Pero como no había nada que ver, los extraños se sonrieron entre ellos.

—Sí, desde luego, no hay nada tan sugestivo como un espacio vacío —dijo una dama que formaba parte del grupo—. ¿De quién debería ser ese retrato, lord Lindores?

Miró a su padre, que hizo un leve gesto de asentimiento seguido de una sacudida de cabeza llena de tristeza.

—¿Quién lo ha puesto ahí? —dijo Lindores en un susurro.

—No está ahí; pero tú y yo lo vemos —dijo lord Gowrie, con un suspiro.

Entonces los extraños advirtieron que algo había afectado al padre y al hijo, y, pese a su viva curiosidad, obedecieron los dictados de la cortesía y se dispersaron en grupos mirando los demás retratos. Lindores apretó los dientes y cerró los puños. La furia iba apoderándose de él, no el sobrecogimiento que llenaba la mente de su padre. «Dejaremos el resto de esto para otro momento», exclamó, volviéndose hacia los demás, casi con fiereza.

—Venid, ahora os enseñaré algo más impresionante.

No hizo ningún nuevo amago de recorrer la casa sistemáticamente. Se volvió y subió directamente la escalera, a lo largo del corredor. «¿Vamos a ver los dormitorios?», dijo alguien. Lindores condujo al grupo directamente al viejo trastero, un lugar extraño para tan alegre compañía. Las damas recogieron sus faldas. No había sitio para la mitad de ellos. Los que pudieron entrar empezaron a tocar las cosas extrañas que había por ahí, rozándolas con dedos delicados, exclamando cuán polvorientas estaban. La ventana estaba medio bloqueada por armaduras viejas y armas oxidadas; pero eso no impedía que la plena luz del verano penetrara en un raudal de claridad. Lindores entró con determinación ardiente en el rostro. Fue derecho a la pared como si fuera a atravesarla, luego se detuvo con mirada en blanco.

—¿Dónde está la puerta? —dijo.

—Estás perdiendo la cabeza —dijo lord Gowrie, hablando por encima de las cabezas de los demás—. Lindores, sabes perfectamente que nunca hubo ninguna puerta ahí; el muro es muy grueso; ya puedes verlo por la profundidad de la ventana. No hay ninguna puerta ahí.

El joven lo palpó con la mano. El muro era liso y estaba cubierto por el polvo de los siglos. Con un gemido se apartó. En ese instante una risa contenida, baja pero distinta, sonó muy cerca de él.

—¿Has sido tú el que se ha reído? —dijo furioso, cayendo sobre Ffarrington y dándole una palmada en el hombro.

—¿Yo, reírme? Lo último que se me habría ocurrido —dijo su amigo, que examinaba con curiosidad algo que descansaba sobre una silla tallada vieja—. ¡Mira esto! ¡Qué espada tan maravillosa, con la empuñadura en cruz! ¿Es una Andrea? ¿Qué te pasa, Lindores?

Lindores se la había arrancado de las manos; la arrojó contra la pared con un juramento ahogado. Las dos o tres personas que había en la sala se quedaron atónitas.

—¿Lindores! —dijo su padre, en tono de advertencia.

El joven arrojó el arma inútil con un gemido.

—¿Entonces que Dios nos ayude! —dijo—. Pero encontraré otro camino.

—Hay una sala muy interesante aquí cerca —dijo lord Gowrie, rápidamente—. ¡Por aquí! Lindores se ha contrariado por... algunos cambios que se han hecho sin que él lo supiera —dijo con calma—. No le hagáis caso. Está decepcionado. Quizás está demasiado acostumbrado a salirse con la suya.

Pero lord Gowrie sabía que nadie le creía. Los llevó a la sala contigua y les contó con facilidad la historia de una aparición que se suponía merodeaba por ella. «¿La ha visto alguna vez?», le preguntaron los huéspedes, fingiendo interés. «¡Yo! Pero en esta casa no le hacemos caso a los fantasmas», respondió, sonriendo. Y así reanudaron la ronda de la vieja y noble y misteriosa casa.

No puedo decirle al lector qué ha hecho el joven Lindores para cumplir la palabra que empeñó y redimir a su familia. Quizás no se sabrá hasta otra generación, y no será a mí a quien corresponda escribir ese capítulo final: pero cuando, en la plenitud del tiempo, pueda narrarse, nadie dirá que el misterio del castillo de Gowrie ha sido un horror vulgar, aunque hay algunos que hoy están dispuestos a pensarlo así.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB